

En la galería de Posse, la única voz disidente respecto de la elegía a Eva Perón que entona su libro es la de... un militar protagonista del golpe que derrocara a Perón en 1955. Pero también nos obsequia el autor algunos toques del venerable buen tino que el peronismo desplegó para con sus opositores. Escribe Posse, por ejemplo: «(...) como siempre, los pobres radicales con sus trajecitos arrugados, de horteras con ideales»⁴. O también: «Los mismos radicales (...) mandaron como fiscal a un joven intelectual, piloso y resentido, que después de esos diez minutos sosteniendo la urna electoral, escribiría un sesudo elenco de tesis explicando la naturaleza humana y política de Eva Perón»⁵. Aunque bien es posible que nos encontremos ante un diestro análisis semiológico de clase, una síntesis barthesiano-marxiana mediante la cual el autor nos ilustre sobre el perfil sociológico de los sectores opositores al peronismo.

Asimismo, el profundo interés de Posse por la historia argentina le posibilita formular caracterizaciones como la siguiente: «Hasta entonces [hasta el peronismo] el feminismo era un justificativo para la actividad cultural de clubes de mujeres»⁶.

Es de lamentar que Posse no agregue nada a las contradicciones del ala izquierda peronista. Es que también nuestro autor quiere hacer de un personaje político al cual ensalza por su condición de luchador, una figura indiscutida para toda la sociedad. Eva Perón es elevada por su lucha, pero a la hora de evaluarla se la coloca por encima de toda disputa.

Del mismo modo, la edificación del mito de Eva Perón como líder poco menos que de clase, se basa más en su figura privada que en su rol político. Esto es, su papel político está hecho con elementos no políticos. En primer lugar, el encandilamiento por su carácter, por su *santa indignación*, por su *noble impulsividad*, por su —en fin— arbitrariedad. En segundo lugar, su infancia, su condición de hija no reconocida por su padre y su llegada a Buenos Aires como una joven de provincias. Lo subjetivo se constituye en coartada de lo político; la biografía no formará parte del contexto de la acción, sino que ocupa toda la escena, es la política misma, porque en este pensamiento la política como lugar institucional, como encuentro de fuerzas y voluntades sociales, no tiene sitio. Por eso, incluso la negati-

vidad de algunos rasgos de carácter del personaje queda relevada de toda crítica, pues su (presunta) autenticidad siempre valdrá más que el (presunto) artificio que la política impone a sus actores. El autoritarismo deja de ser un rasgo de conservadurismo, para devenir una prueba del apego a unos valores, del deseo de realizarlos.

La falta de distancia respecto de su objeto funde el discurso de *La pasión según Eva* con el de su personaje. El narrador es el eco del convencimiento que todo líder posee acerca de su imprescindibilidad histórica. En este sentido, paradójicamente, sí constituye un retrato de Eva Perón. La carencia de una mínima perspectiva recrea la lógica de la personalización de la política practicada por los líderes peronistas, la cual aumentaba por un lado la precariedad de las políticas que llevaban a cabo, y por otro intensificaba la percepción por parte de la sociedad de la necesidad de la presencia de los líderes para desarrollar la política correspondiente. La falta de institucionalización de esas políticas, así como la inexistente autonomía de los sectores que la apoyaban, elementos ambos minusvalorados por el peronismo en tanto eran subordinados a la figura de sus conductores, otorgaron al proyecto en cuanto tal, al fin, sólo debilidad.

Santa Evita, la novela de Tomás Eloy Martínez, es la historia del cadáver de Eva Perón. El cadáver de Eva Perón vivió más que ella misma: su cuerpo muerto la sobrevive y a la vez mantiene la vida pública de Eva Perón.

La presencia política de la segunda esposa del general Perón en la historia argentina se reduce a no más de ocho años, desde el momento en que conoce a su futuro marido (1944), hasta su muerte (1952). La historia de su cadáver comienza en las horas posteriores a su deceso, cuando es convertido en estatua vía embalsamamiento, y termina en 1972, cuando le es restituido al general

⁴ Op. cit., p. 210.

⁵ Op. cit., p. 264. El relato refiere al escritor, ensayista y profesor universitario argentino David Viñas que, en 1951, siendo muy joven, debió llevar la urna electoral al hospital donde estaba internada —víctima del cáncer que acabaría con su vida— Eva Perón, para que ésta pudiera emitir su voto. Viñas era entonces miembro del opositor partido radical.

⁶ Op. cit., p. 261.

Perón en Madrid. Entre 1952 y 1955, año del derrocamiento del peronismo, Eva Perón permanece embalsamada en la sede de la Confederación General del Trabajo (CGT) en una suerte de velatorio sin fin. El peronismo, en sus horas más bajas por el agravamiento del enfrentamiento con la oposición, comenzaba a vivir de sus propios signos. La efigie de Eva Perón era el peronismo, no el gobierno del general Perón. Tras el golpe de septiembre de 1955, la primera tarea de los militares es retirar el cadáver de la CGT y encontrarle un sitio que no se transformara en lugar de procesión de los adherentes y simpatizantes peronistas. Los militares deben esconder ese cadáver robado. Esa historia es la que reconstruyó mediante investigaciones el autor de la novela, y sólo cabe decir que es tan real como fantástica, esto último en sentido literario.

El viaje del cadáver de Eva Perón es el del peronismo. Es la historia de cómo sus secuestradores, sus enemigos políticos, intentando enterrarlo, acaban al fin enamorándose de él. Los años del secuestro del cadáver de Eva Perón (1955-1972) son los del exilio del general Perón, los de proscripción de su movimiento (salvo breves lapsos, en los cuales no obstante el propio Perón permanecía proscrito). En ese tiempo, así como los secuestradores no encuentran un lugar para el cadáver de Eva Perón, la Argentina no encontrará un sitio para el peronismo. Y mientras no sabe dónde ponerlo, como los militares con el cadáver, es ganada por la fascinación. Son los años de radicalización de la clase media, que había sido el sostén principal de la oposición al peronismo clásico. Las generaciones jóvenes de pequeños burgueses, al calor de la revolución cubana y de los movimientos de liberación nacional (Argelia, Vietnam), optan en buena medida por la guerrilla. La Argentina vive épocas de inestabilidad política y la democracia no logra afianzarse. El peronismo crece gracias a su exterioridad respecto de la vida política, y el exilio de Perón en Madrid comienza a ser la preparación del retorno al poder.

La imagen del peronismo es reconstruida, reinventada por esas clases medias que comienzan a sumársele. Si antes había sido, y para ellas antes que para nadie, un profascismo, ahora su historia era reinterpretada, también sólo a sus ojos, en clave de un socialismo

nacional antiimperialista. Eva Perón, que entonces viajaba de lugar en lugar en manos de sus secuestradores, cobraba vida en esa reinención y entonces resultó que había sido la protagonista nada menos que de una supuesta ala izquierda revolucionaria, incluso frenada a veces por el propio Perón. Todo estaba listo: el lugar buscado para ese cuerpo incómodo sería el imaginario de sus ex enemigos.

Tomás Eloy Martínez recrea el clima embriagante que rodeó a la figura de Eva Perón. El relato navega bien en ese terreno cuya única ley es lo excepcional. Ese suelo fue el de la vida política argentina por muchos años, hasta que la hecatombe sucedió y devolvió a la sociedad la melancolía por lo ordinario. La excepcionalidad había sido vivida como rasgo de originalidad, cuando era apenas un gesto del fracaso. Se era excepcional porque no se podía, no porque no se quería, ser ordinario, común, regular. Lo que parece regular sí es fruto de una imperceptible y gigantesca suma de detalles históricos, y la Argentina estaba en la prehistoria de esa vida. La ambivalencia personal y social, íntima y colectiva, en la que la Argentina vivió durante mucho tiempo y sigue aún hoy viviendo, es retratada sensiblemente por Tomás Eloy Martínez. Porque estamos también ante una autobiografía. Tal vez ningún relato de esos años pueda no serlo, dado que la política no tenía lugar y entonces todas las vidas estaban a su merced. Es lo que acabó sucediendo, si bien se mira. La novela tiene, en este sentido, algunos trazos que recuerdan la novela existencialista o la novela histórica. La lucha íntima contra sí mismo sobre el fondo de esa caprichosa facilidad con que la angustia y la frustración dan paso a la euforia y a la omnipotencia, tan representativa de los caracteres políticos de una sociedad donde reina lo excepcional, la falta de apego a la norma, la imprevisibilidad, la confusión entre lo público y lo privado, el solapamiento de las distintas esferas de acción, Tomás Eloy Martínez parece cargársela al hombro en un intento de expiación que es también un ejercicio de explicación.

Santa Evita no mitifica porque sabe que está dentro del mito. Aprovecha la pura necesidad: como el narrador está atrapado en el tejido histórico de ese mito, se hace con esas armas para recrear su clima. El viaje por esta ensoñación es circular, pero el relato sueña des-

pierto. Por eso acaba siendo posible una narración transparente en medio de un rito vaporoso y expresionista. Éste es su valor, aunque también su límite. Pues de algún modo queda una estela de inefabilidad en torno al objeto narrado. Ese halo inefable que rodea al peronismo lo viste y por eso lo cubre: supone en buena medida dar el primer paso hacia la transformación de sus caracteres en algo siempre al fin imposible de evaluar en términos de una racionalidad política más o menos convenida. Es entonces el retorno del misterio, de lo insondable, de lo excepcional.

Javier Franzé

Pícaros y mercaderes*

A lo largo de este siglo han sido múltiples y variadas las perspectivas ideológicas que han condicionado y sesgado nuestra percepción y lectura de los textos producidos y difundidos en la que se ha llamado por igual «época áurea» y «edad conflictiva» de nuestras letras y de nuestra historia. En el caso español, esta dialéctica, cuando no franca y abierta polémica, se ha presentado como la conclusión inevitable de un enfrentamiento de centurias entre opuestas visiones de España y su realidad histórica. En medio de este caleidoscopio de interpretaciones políticas y religiosas, de variaciones metodológicas y de deslices hermenéuticos, hay que saludar como una buena medida de higiene la lectura que, sin

prejuicios ni *a priori*, se apoya en el dato y, singularmente, en la rigurosa y exhaustiva recuperación de los textos, pues éstos son, en definitiva, el soporte y la plasmación de toda realidad mental, ideológica e histórica. Y este saludo debe hacerse extensivo a las iniciativas que recuperan dichas propuestas y las extienden al más amplio ámbito en el que pueden fructificar: el de las aulas universitarias.

Éste es el caso de la reciente traducción castellana —pulcramente realizada por J.M. Azpitarte Almagro— de la obra de Cavillac *Gueux et marchands dans le «Guzmán de Alfarache» (1599-1604)*, publicada inicialmente en 1983 por el Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Burdeos III, institución en la que, bajo la égida señera de maestros como François López y Maxime Chevalier, se concentra una de las líneas más rigurosas y fructíferas del hispanismo francés. Allí, con una enriquecedora complementariedad mental y metodológica, se desarrollan unos estudios en los que se funden y se potencian mutuamente las disciplinas historiográficas y las estrictamente literarias, poniendo palmariamente de manifiesto la indisolubilidad del texto y su contexto histórico.

Buena prueba de ello es este trabajo ya clásico de Cavillac, imprescindible en cualquier debate científico sobre la obra de Mateo Alemán, pero que, por mor del retroceso entre nuestros estudiantes de la lengua francesa en favor de la nueva lengua del imperio, no era accesible en su integridad al público amplio que ha de hallar en el texto, al tiempo que una rigurosa y renovadora lectura de una obra capital en la narrativa española y europea, un irrecusable modelo metodológico, pleno de viva erudición y sabio manejo crítico de unos textos poco frecuentados, pero imprescindibles para un conocimiento fiel del marco conceptual en el que la obra fue escrita y leída por sus contemporáneos.

Desde los Padres de la Iglesia revisados por los autores humanistas, a las obras contemporáneas de Alemán fronterizas con la literatura de arbitristas, un amplio corpus de tratados y otras formas discursivas del pensamiento teológico y crítico, es revisado por Cavillac para

* Michel Cavillac, *Pícaros y mercaderes en el «Guzmán de Alfarache»*, Universidad de Granada/Universidad de Almería, 1994.